

LA COLONIZACIÓN DE LA VIDA: EL PODER EN MICHEL FOUCAULT

Nicolás A. Dip
Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Daneri dijo que le hablaría esa misma tarde. Vaciló y con esa voz llana, impersonal, a que solemos recurrir para confiar algo muy íntimo, dijo que para terminar el poema le era indispensable la casa, pues en un ángulo del sótano había un Aleph. Aclaró que un Aleph es uno de los puntos del espacio que contienen todos los puntos.

Jorge Luis Borges en *El Aleph*

...me acaban el cerebro a mordiscos, bebiendo el jugo de mi corazón, y me cuentan cuentos al ir a dormir...

Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota en *Lobo suelto/Cordero atado*

El establecimiento, durante la edad clásica, de esa gran tecnología de doble faz –anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las realizaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida– caracteriza un poder cuya más alta función desde entonces no es ya quizá la de matar sino la de invadir la vida enteramente.

Michel Foucault en *Historia de la Sexualidad I*

Cuando se nombra a Michel Foucault se comenta, entre otras cosas, la segregación de la locura por el poder de la razón en la *Historia de la locura en la época clásica*, el matrimonio del poder y del saber en *Las Palabras y las cosas*, el poder que ve y no es visto de *Vigilar y castigar*, y los dispositivos de poder que crean una mujer histérica en *Historia de la sexualidad*. La gente que lo nombra es diversa, pero todos apuntan a una misma dirección: cuando se habla de Foucault se habla del poder. Y tienen razón, porque fue un pensador que dedicó fanáticamente su empresa intelectual y su itinerario político a desentrañar los distintos mecanismos de poder que afectaron a la sociedad europea de su tiempo.

Si queremos acercarnos a las consideraciones del poder que mantiene Foucault, primero debemos tener en cuenta la perspectiva teórica y metodológica que están detrás de su análisis y de sus conceptualizaciones (1). Foucault reconoce tres influencias que tuvieron un papel destacado en el dibujo de su recorrido político y filosófico: a Karl Marx, a Friedrich Nietzsche y a Martin Heidegger. Si bien cada uno tuvo importancia en los distintos hilos que tejieron su pensamiento, fue “el loco de Turín” el que gozó el papel protagónico, al dejarle como legado un enfoque genealógico para entender, analizar y conceptualizar los hechos históricos.

En su trabajo *Nietzsche, la genealogía, la historia* de 1971, Foucault comienza definiendo a la genealogía desde una ruptura. Si pretende captar la singularidad de los sucesos humanos, la genealogía tiene la tarea de dejar fuera de su análisis las perspectivas teleológicas que le asignan a la historia una finalidad, que se despliega desde el origen de su desarrollo. Debe oponerse a la monotonía de develar los hechos apelando a la génesis, a la evolución, a la mecánica irremediable del progreso. Para Foucault son relatos metahistóricos los que suponen que los sucesos tienen una identidad que se encuentra prefigurada desde un inicio y se desarrolla en las distintas etapas

evolutivas del devenir histórico. “Pues bien, ¿Si el genealogista se ocupa de escuchar la historia más que de alimentar la fe en la metafísica, qué es lo que aprende? Que lo que se encuentra al comienzo histórico de las cosas, no es la identidad aún preservada de su origen sino la discordia con las otras cosas, es el disparate” (2). Desde Nietzsche, Foucault toma al disparate como lupa analítica. Si en el origen está el disparate, para entender los sucesos y las discontinuidades que estos toman en la historia, debemos tener en cuenta la discordia, la tensión, la violación, la guerra, el combate, el caos, las hostilidades, las armas, las divisiones, las disconformidades, en suma: las relaciones de fuerza que se tejen en los ejercicios de poder. El mundo del hombre no es producto de su bondad creadora, menos de un desarrollo fatalista, sino que es la consecuencia del azar y la contingencia de luchas que se entrelazaron en un haz de relaciones de fuerza, que enfrentaron a una multiplicidad de grupos y personas con ansias de victoria. Por esta misma razón, la genealogía no es definida como *Ursprung*, averiguación del fundamento originario, sino como *Entstehung* y *Herkunft*, como búsqueda de la emergencia y de la procedencia. Así “el mundo de la historia efectiva –la perspectiva genealógica de la historia– no conoce más que un solo reino, en el que no hay ni providencia ni causa final, sino solamente ‘la mano de hierro de la necesidad que sacude al cuerno de la fortuna’” (3).

El redescubrimiento de la genealogía le otorgó a Foucault una dimensión de análisis a la que va a recurrir insistentemente a lo largo de toda su obra: la relación entre el saber y el poder, entre la verdad y el poder. Este autor sostiene que el saber no es producto de un sujeto autónomo que, motivado por las ansias nobles del conocimiento, indagó la realidad a través de las luces de la razón. “El análisis histórico... hace pues aparecer a la vez que no hay conocimiento que no descansa en la injusticia (que no existe pues, en el conocimiento mismo, un derecho a la verdad o un fundamento de lo verdadero), y que el instinto de conocimiento es malo (que hay en él algo mortífero, y que no puede, que no quiere nada para la felicidad de los hombres)” (4). El conocimiento científico que se proclama como verdadero no es producto de la aplicación de la legalidad de un método objetivo, tampoco él se guía por amor al conocimiento ni busca el bienestar general de la humanidad. Por el contrario, el conocimiento es producto del odio, de las armas y de los enfrentamientos que se ponen en juego en las relaciones de fuerza que pintan al poder. Así, el grupo que tiene la arrogancia de identificar su conocimiento como el saber verdadero fue el que salió victorioso de la lucha del poder, el que logró en el ejercicio del poder imponer su cosmovisión del mundo al resto de los individuos mediante artificios violentos y discursos embusteros. Logró en la imposición del combate, generar en sí mismo un halo de santidad y en los demás saberes una sospecha de inferioridad y de discapacidad. Porque si un conocimiento se reconoce como la verdad al resto se lo identifica como la mentira. Por esto, la verdad es una verdad interesada. Es la verdad de quien tiene el poder de imponerla mediante medios violentos e ideológicos. Por esta razón para saber qué es y cómo se fabrica el conocimiento, debemos sacrificar la idea del sujeto de conocimiento y acudir nuevamente a la genealogía histórica de Nietzsche. Acercarnos al saber... “no como filósofos sino como políticos, debemos comprender cuáles son las relaciones de lucha y de poder. Solamente en esas relaciones de lucha y de poder, en la manera como se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren ejercer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento” (5). Después de Foucault, no se puede hablar de saber sin hablar de poder, sin hablar

de sus articulaciones mutuas. Debemos tener en cuenta que el saber se origina y se encuentra atravesado por determinadas relaciones de fuerza, pero también el poder se vale del saber para reproducirse, legitimarse y llevar adelante sus distintos mecanismos y tecnologías.

El enfoque de Foucault que toma al disparate como lupa analítica, se asemeja a la perspectiva estructural de Louis Althusser: ambas al priorizar las condiciones objetivas sobre las subjetivas se alejan de la fenomenología y del humanismo sartreano. Althusser se alejaba de la conciencia y del sujeto al proclamar que el mismo es un efecto ideológico, y Foucault al dar relevancia a las relaciones de poder en la constitución de las subjetividades. Pese a esta similitud, que podemos construir a grandes rasgos, la genealogía de Nietzsche también alejaba a Foucault de Althusser y de un marxismo, como el del Partido Comunista Francés (PCF), que basaba su pensamiento político en la oposición entre un conocimiento distorsionado de la realidad y uno verdadero, entre la ideología y la ciencia (6). Foucault le diría al autor de *Leer al Capital*, que el mantenimiento de una dicotomía como la de ideología-ciencia, si bien da cuenta de los intereses y de las luchas que están detrás de todo saber, es conflictivo en el análisis social y en el campo de la política. En el estudio social, porque la separación al suponer la existencia de un conocimiento verdadero, el del materialismo histórico, enfoca el análisis en la búsqueda y en la delimitación de los conocimientos que son ideológicos y los que no; en cambio para Foucault la tarea estaría en visualizar históricamente las relaciones de poder que atraviesan a tipos de conocimiento que en sí mismos no son ni verdaderos ni falsos. Y en el campo de la política, porque el marxismo al considerarse portador de la verdad científica puede caer en una prepotencia y en un autoritarismo político frente a un conjunto de saberes que también se oponen al poder del capital pero no mantienen su misma lógica. Un militante que se cree portador de la verdad puede gritar a los cuatro vientos: “¡que todas las luchas sean dirigidas por el partido obrero: es la vanguardia que tiene la lamparita para alumbrarnos el camino a todos, sino lo siguen son todos ustedes unos burgueses que no entienden la lucha contra el capital!”. Respecto a la prepotencia de considerarse portador de la verdad científica, Foucault sostiene lo siguiente en el curso de 1976 que dictó en el Collège de France: “...lo que aquí se rechaza es característico del marxismo, del psicoanálisis... es que todos ellos son una ciencia... todavía antes de plantearse esta cuestión de la analogía formal y estructural del discurso marxista o psicoanalítico con un discurso científico, ¿no sería preciso preguntarse sobre la ambición de poder que conlleva la pretensión de ser ciencia? No sería la pregunta: ¿Qué tipo de saberes queréis descalificar en el momento en que decís: esto es una ciencia? ¿Qué sujetos hablantes, charlantes, qué sujetos de experiencia y de saber queréis “minorizar” cuando decís: “Hago este discurso, hago un discurso científico, soy un científico”? ¿Qué vanguardia teórico-política queréis entronizar para demarcarla de las formas circundantes y discontinuas del saber?” (7).

Lo dicho en los párrafos anteriores nos deja claro que la genealogía histórica fue clave para la construcción de un pensamiento que se trazó como objetivo desentrañar el funcionamiento y los mecanismos del poder. El legado que Nietzsche otorgó a Foucault le permitió posicionarse políticamente y filosóficamente en el mundo de la cultura francesa de la década del sesenta y del setenta. Filosóficamente porque situaba a su pensamiento dentro de la corriente crítica de la modernidad, al atacar a la filosofía de la historia, que tuvo origen en la linealidad hegeliana del

espíritu absoluto, y también al embestir contra el sujeto de conocimiento, que presenta Descartes en el siglo XVII al poner a la razón como centro de explicación de la historia (8). Y políticamente porque el enfoque del “loco de Turín” le servía para poner de manifiesto las lógicas dogmáticas y deterministas que orientaban la política del Partido Comunista Francés y de la Unión Soviética, donde las visiones mecanicistas de la historia llegaban al paroxismo.

Foucault no buscó una teoría que sirva para estudiar el poder en todas las sociedades. Fuera de esas pretensiones religiosas, sus obras fueron un esfuerzo creativo que buscaba otorgar nuevas herramientas para el análisis y la lucha política contra los mecanismos de poder que recorrían a la sociedad europea de la segunda mitad del siglo XX. En aquel entonces, existía para Foucault una carencia intelectual y política: el mundo de la cultura continuaba atado a teorías y políticas anticuadas que consideraban al poder como ese divino tesoro que poseía una minoría para sacar privilegios sobre la mayoría de la población. Estamos hablando de la concepción jurídico-liberal y de la perspectiva marxista-leninista que mantenía a raja tabla la Unión Soviética. A las dos pondrá en tela de juicio Foucault en muchas de sus reflexiones, para proponer una nueva manera de abordar el poder a la luz de los nuevos acontecimientos históricos.

La teoría jurídica-liberal sobre el poder se instaló en occidente entre el fin de la edad media y el siglo XVIII, gracias a la lucha política que dirigió la monarquía contra la clase feudal y luego al combate que dirigió la burguesía contra la misma nobleza que anteriormente se había impuesto a los señores de la tierra. Fue sistematizada por la filosofía política de Hobbes, Rousseau y Locke, y por la etnología del siglo XIX. Para ella, el poder consiste en el derecho a manejar el Estado que posee el soberano frente al resto de la población. Una vez que los individuos le transfieren dicho poder al soberano, mediante una negociación contractual, este tiene la tarea de aplicar las fuerzas policiales y las herramientas legales que posee el Estado para mantener el orden en el seno de la ciudadanía. Un ejemplo de la visión jurídica del poder la podemos encontrar en el *Leviatán*, donde Hobbes sostiene: “Y en ello consiste la esencia del Estado, que podemos definir así: una persona de cuyos actos una gran multitud, por pactos mutuos realizados entre sí, ha sido instituida por cada uno como actor, al objeto de que pueda utilizar la fortaleza y medios de todos, como los juzgue oportuno, para asegurar la paz y defensa común” (9).

La perspectiva marxista-leninista, que siguió a la visión jurídica-liberal, era mantenida por los comunistas europeos ligados a la Unión Soviética. Desde el recorte de ciertos textos de Marx y Lenin, sostenían que el poder se materializaba en un instrumento represivo –Estado– que tenían en sus manos la o las fracciones de las clases dominantes, para reproducir unas relaciones de producción que le otorgaban privilegios mediante la explotación del resto de las clases sociales (10). La visión que Foucault da sobre la concepción marxista-leninista del Estado, la podemos encontrar en varias obras del marxismo clásico. Por ejemplo, en el *Manifiesto comunista* donde, al revelar las transformaciones que trajo consigo el capital, Marx y Engels sostienen que el moderno Estado representativo “...viene a ser, pura y simplemente, el consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa” (11). También encontramos una definición similar en *El Estado y la Revolución* de Lenin. A la luz de la Revolución Rusa, el dirigente bolchevique sostiene que el Estado

es un fenómeno histórico que surge cuando las contradicciones de clases se vuelven irreconciliables. Por ello, “la sociedad, que se ha movido hasta ahora entre antagonismos de clase, ha tenido necesidad del Estado, o sea de una organización de la clase explotadora para mantener las condiciones exteriores de producción... para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre, el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. Así todo Estado es una fuerza especial para la represión de la clase oprimida” (12).

Si bien se puede encontrar diferencias de formas y de contenido entre la concepción liberal y la perspectiva marxista, para Foucault estas mantienen una visión cosificada y negativa sobre el poder. Cosificada porque el poder consiste en un instrumento que posee una clase privilegiada o un soberano para ejercer su dominación sobre la mayoría de la sociedad. En este sentido, el poder aparece como una cosa que se tiene, se adquiere, se transfiere, se pierde o se gana. Por otro lado, estas visiones conciben al poder de manera negativa al sostener que funciona principalmente con la represión. El poder aparece como lo que encierra, corrige o aniquila a los ciudadanos o a la clase social que quiere transgredir el orden dominante. Por eso lo que simboliza al poder en estas concepciones es la ley que prohíbe, aquella que dice “no porque te castigo”. Lo que está detrás es un régimen binario –lícito e ilícito, permitido y prohibido– que contiene toda una letanía de efectos negativos: exclusión, rechazo, barrera, ocultaciones, delimitación, censura, entre otros (13).

Para Foucault, la visión jurídica y la marxista nos dicen muy poco sobre una sociedad que se encuentra atravesada por diversos y múltiples mecanismos de poder. Al concebir al poder como una cosa negativa están fuera de época, porque el poder atraviesa el Estado pero también los sectores más microscópicos de la población –como el cuerpo de los individuos–, surge en el centro como en la periferia, es evidente y también invisible, prohíbe pero también estimulan deseos, placeres y prejuicios en el interior de la sociedad. Sin embargo, la crítica de Foucault a la perspectiva marxista no sólo se reduce a una cuestión analítica. Desde su visión de la experiencia soviética le cuestiona, a los seguidores de Lenin, que la práctica política que siguieron en torno a su concepción del poder, trajo consecuencias problemáticas que obstaculizaron la profundización del proceso revolucionario, al implantar las lógicas del Estado dentro del movimiento obrero. El marxismo-leninismo sostenía que para luchar efectivamente contra un Estado, que funciona principalmente con la represión, el partido debía adoptar una organización equivalente en términos de fuerza político-militar. Así, introdujo en el interior de las organizaciones obreras los mecanismos violentos, jerárquicos y disciplinarios del aparato estatal. A su vez, los marxistas mantenían la misma lógica al concebir que luego de la revolución, la dictadura del proletariado tenía que mantener en pie los principales resortes del aparato de Estado, para terminar de consolidar el poder obrero con la aniquilación de la burguesía explotadora. En su visión de la organización del partido como en su concepción de la dictadura del proletariado, lo que no entienden los marxistas es que “el poder no está sólo localizado en el aparato de Estado, y que nada cambiara en la sociedad sino se transforman los mecanismo de poder que funcionan fuera de los aparatos de Estado, por debajo de ellos, a su lado, de una manera mucho más minuciosa, cotidiana. Si se consiguen modificar estas relaciones o hacer intolerables los efectos de poder que en ellas se propaga, se dificultará enormemente el funcionamiento de los aparatos de

Estado...y no se podrá reconstruir la imagen del aparato de Estado en el interior de los movimientos revolucionarios” (14).

Si bien Foucault acusa de cuadrados a la ortodoxia del Partido Comunista Francés por permanecer atados a los dogmas rusos, sus comentarios ácidos harían una excepción con unos de sus intelectuales destacados que nombramos anteriormente: Louis Althusser. No lo tacharía de esquemático porque le reconocería haber ampliado la perspectiva marxista sobre el poder al mostrar que éste no funciona en términos puramente represivos, sino que también produce subjetividades a través de sus aparatos ideológicos (15). Sin embargo, este reconocimiento no estaría excepto de fuertes críticas porque le reprocharía que el problema de su análisis es que no sólo está atado a una dicotomía entre ciencia e ideología, sino que también cae en una cosificación del poder al pensar el mismo sólo en términos de la lucha de clases. En Althusser el poder también se reduce a una mercancía que intenta ser aprovechada o mantenida por los principales agrupamientos sociales: las clases lo poseen, lo adquieren, lo ceden; lo alienan y lo recuperan al ganar o perder terreno en la dirección de los aparatos represivos e ideológicos del Estado. A su vez el autor del *Porvenir es largo*, si bien reconoce la importancia de la dimensión superestructural en el análisis social, le termina asignando al poder una funcionalidad económica al centrarlo principalmente en la reproducción de la relaciones de producción. Así el poder termina teniendo en la economía su razón histórica de existencia y su analítica no tiene en cuenta que no es la única función del poder continuar con la existencia de las relaciones de explotación capitalista.

Frente a las visiones sobre el poder que eran incapaces de pensar la complejidad de su sociedad, Foucault propone una nueva analítica que considera al poder como una multiplicidad de relaciones de fuerzas que se despliegan a lo largo del cuerpo social. Dichas fuerzas que se relacionan constituyen acciones sobre acciones. Se ponen en juego en una multiplicidad de campos interconectados que constituyen redes por las que atraviesa el poder. En esos espacios las fuerzas apelan a diversas técnicas, mecanismos y tecnológicas para causar efectos una sobre la otra: para imponerse, incitarse, inducirse, limitarse, ampliarse, facilitarse, dificultarse, producirse, sujetarse, resistirse, liberarse, reprimirse, estimularse, humillarse, reconocerse, entre otros. Esos efectos de una fuerza sobre la otra, deben entenderse en las estrategias que traman los polos de la relación de poder para mantener desigualdades: primacías y subordinaciones que permiten los privilegios de unos y las pérdidas de otros, los honores de unos y las degradaciones de otros, los encierros de unos y la libertad de otros, las verdades de uno y las falsedades de otros (16).

Este primer bosquejo general que realizamos en el párrafo anterior, nos permite entender las precauciones metodológicas que sigue la analítica del poder que trama Foucault. También nos muestra las particularidades que le asigna al mismo fenómeno. La cuestión la podemos exponer en cuatro señales:

La primera señal sostiene que debemos analizar el poder en los núcleos centrales –aparatos de Estado– pero también debemos seguir al poder en sus extremidades, donde se vuelve capilar y menos visible; porque las relaciones de fuerza atraviesan al Estado, a un conjunto de agrupamientos sociales más pequeños –la familia, el aula de la escuela, la peluquería, la cancha de fútbol– y

también llegan a los lugares menos visibles, más microscópicos, como el cuerpo de los individuos – está en nuestros peinados, remeras, frases repetidas, en nuestro físico–. El poder no se encuentra en un solo punto, sino que constantemente va de un punto a otro.

La segunda señal nos muestra que al entender que es conjuntamente un fenómeno colectivo y global, como microscópico e individual, para examinar el poder no debemos deducirlo desde una fuente soberana hasta los elementos más moleculares de la sociedad. Más bien se debe hacer un análisis ascendente. Comenzar por los mecanismos de poder infinitesimales, para ver después cómo estos están investidos y son utilizados por estrategias más generales que se traducen en formas de dominación global. A su vez tenemos que realizar un estudio horizontal del poder que tenga en cuenta que las asociaciones que se tejen entre las relaciones de poder y los procesos económicos, políticos y culturales. Donde las relaciones de poder son condicionantes y condicionadas.

Por su parte, la tercera señal manifiesta que no debemos preguntarnos quién detenta el poder, sino cómo se lo ejerce. Desentrañarlo en el campo donde se implanta, funciona y produce efectos, recurriendo a distintos mecanismos y respondiendo a diferentes estrategias. Debemos proceder de esta manera, porque el poder no es una cosa que detenta un grupo o una clase para someter al resto. No es algo dividido entre los que lo poseen y no lo poseen. Por el contrario, al ser un fenómeno que circula transversal y horizontalmente por todos los orificios de la sociedad, el poder es ejercido por una multiplicidad de individuos o grupos sociales que pertenecen a distintas clases como a diferentes agrupamientos políticos y culturales. Al poder lo ejercen tanto la burguesía como el proletariado, los padres como los hijos, los profesores como los alumnos, los hombres como las mujeres, entre otros.

En la cuarta señal, nos encontramos con que no corresponde estudiar solamente el poder en términos negativos. Porque “si el poder no fuera más que represivo, si no hiciera otra cosa que decir no ¿pensáis realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho va más allá, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos, es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir” (17). Así, en Foucault el poder no sólo es el rincón de penitencia al que mandan al niño cuando se porta mal, también son los cuentos que le cuentan al ir a dormir. Esos cuentos que, al quedar sonando en su cabeza al día siguiente, lo guían como un cordero en su vida cotidiana, atándolo a ciertas cosas y alejándolo de otras.

Desde las consideraciones que tramó para analizar el poder, Foucault señaló que la sociedad europea de su tiempo edificó dos tecnologías de poder que revolucionaron el campo de la dominación, luego de su aparición en los siglos XVII y XVIII, en plena expansión mundial del capitalismo: las tecnologías disciplinarias que se traducen en una *anatomopolítica* del cuerpo, y las tecnologías de regulación social que configuran una *biopolítica* de la población (18).

Las tecnologías disciplinarias se establecen a finales del siglo XVII. Se aplican primero en el ejército. Después, su aparición en las escuelas, los manicomios, los hospitales y la fábrica, delinea una *anatomopolítica* que alcanza a controlar a los átomos de la sociedad: los individuos. Estas

tecnologías dieron origen a una multiplicidad de técnicas de poder que permiten, mediante un control continuo sobre el cuerpo, ejercer un adiestramiento sobre el individuo. Gracias a ellas el poder se introduce en el interior de nuestro ser, induciéndonos conductas, comportamientos, aptitudes y puntos de vista para pensar el mundo. Se busca hacer útiles y dóciles los cuerpos para insertarlos en los sistemas productivos y políticos vigentes de la sociedad capitalista. Cómo vigilar a alguien, cómo controlar su conducta, su comportamiento, sus aptitudes, cómo intensificar su rendimiento, como multiplicar sus capacidades, cómo colocarlo en el lugar que será más útil, esto es lo que responde la disciplina. Por eso para reconocer y luchar contra el poder que se incrustó en nosotros mediante la disciplina, lo primero que tenemos que preguntarnos es: ¿Qué estamos comiendo? ¿Qué bebemos? ¿Cómo nos tratamos? ¿Qué soñamos? ¿Qué leemos? ¿Qué vemos? ¿Cómo hablamos? ¿Qué música escuchamos?

El mecanismo de poder por excelencia que desarrolló la *anatomopolítica* para controlar y adiestrar a los individuos fue el panóptico, que previó y presentó Jeremías Bentham. El panóptico es una técnica de poder que permite al policía de una cárcel, al maestro de la escuela o al psiquiatra del manicomio, ejercer una vigilancia individualizada y continua sobre todos los sujetos que tiene a su disposición. Lo malévolos de este dispositivo es que lleva a cabo un control invisible, porque en el panóptico el poder ve a todos pero él no es visto. Así al panóptico se lo puede representar como una torre central que puede ver todo lo que ocurre en todas las celdas que tiene a su alrededor o como el Aleph que le era indispensable a Carlos Argentino Daneri para terminar su poema. Si el Aleph es un punto que contiene todos los puntos porque es el lugar donde converge todo lo que pasa en el universo, el panóptico es un punto que contiene todos los puntos porque es el lugar de vigilancia que permite dirigir la observación sobre todos los adiestrados. De lo que se trata es de verificar si el individuo se conduce o no como debe, si cumple con las reglas, si interiorizó en su interior todos los comportamientos y cosmovisiones que necesita el ejercicio del poder para reproducir un determinado orden social.

Por su parte, las tecnologías de regulación social aparecen en la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra. Se configuran como una *biopolítica* porque el poder se ejerce y se enfoca en el control y la administración de la población; entendida como un grupo humano numeroso que está atravesado por procesos sociales y biológicos. Enfocándose en dichos procesos estos mecanismos de poder despliegan un control sobre la natalidad, la mortalidad, la edad, el estado de salud, la higiene y la tasa de producción del conjunto de la población, para poder insertarla y controlar un conjunto diverso de fenómenos económicos y sociales que se ponen en juego en la sociedad capitalista. Para permitir que el sistema político y económico renueve las masas humanas que los pone en movimiento, el poder debe controlar que la población mantenga un nivel medio de vida: regular las enfermedades para que la humanidad no sea devastada con epidemias, fomentar una media de nacimientos y defunciones para que no exista escasez o sobreabundancia de fuerzas productivas, entre otros fenómenos. Para llevar adelante esta política fueron esenciales la aparición de saberes como la estadística y la medicina, la consolidación de las políticas públicas del Estado y de otras instituciones como las clínicas privadas y las compañías de seguro.

Para Foucault el establecimiento de la *anatomopolítica y de la biopolítica* en la sociedad europea, puso de manifiesto que la más alta función del poder no es matar, sino invadir la vida enteramente, expandirse por todo ese largo espacio que se extiende desde el cuerpo del individuo hasta los procesos colectivos que caracterizan a la población. Sin embargo, la vida no es apropiada solamente por el poder; como sostiene Foucault: “Y contra ese poder, aún nuevo en el siglo XIX, las fuerzas que resisten se apoyaron en lo mismo que él invadía... La vida se volvió entonces la apuesta de las luchas políticas... el “derecho”, más allá de todas las opresiones o “alienaciones”, a encontrar lo que uno es y todo lo que uno puede ser; este “derecho”, tan incomprensible para el sistema jurídico clásico, fue la réplica política a todos los nuevos procedimientos de poder...” (19). Así, en Foucault la subjetividad y la vida del individuo no son un mero efecto del poder; también son producto de las apuestas políticas que llevamos a cabo contra las fuerzas que se ejercen contra nosotros. Sabía que donde se ejerce el poder existe la resistencia. Pero esa es otra historia...

Notas

(1) Sabemos que las influencias y las perspectivas teóricas que mantienen los autores no son fijas y varían a lo largo de toda su obra. Por eso, en este trabajo sólo podemos realizar una aproximación general, que deja de lado muchas particularidades y tensiones que existen en los trabajos de los autores que estamos analizando.

(2) Foucault, Michel; “Microfísica del poder”. La piqueta, Madrid, 1992. p. 8.

(3) *Idem*, p. 19.

(4) *Idem*, p. 27.

(5) Esta cita la sostiene Foucault en unas conferencias que dio en Río de Janeiro entre los días 21 y 25 de mayo de 1975. En estas ponencias también recalca la influencia que tuvo de Nietzsche al retomar una genealogía para estudiar los sucesos sociales y las relaciones entre el saber y el poder. Foucault, Michel; *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1995. p. 28.

(6) Como sostiene Emilio de Ípola: “Althusser no sólo afirmará desde el inicio esa oposición, sino que hará de ella el blanco principal del debate teórico. Desde el comienzo, las posiciones y las divergencias con la ‘ortodoxia’ marxista del PCF y acólitos se plantaron abruptamente y sin matices. En tono desafiante, Althusser apostrofaba a sus críticos puntualizando que, si en algo no había desacuerdo alguno, era en el hecho de que, para esos críticos tanto como para él mismo, se trataba de sostener las posiciones de la Ciencia contra la Ideología, más ampliamente, contra las ideologías que amenazaban y desnaturalizaban”. De Ípola, Emilio; *Althusser, el infinito adiós*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires. 2007. p. 49.

(7) Foucault, Michel; *Microfísica del poder*. La piqueta, Madrid, 1992. p. 133.

(8) También a Althusser se lo puede introducir en la corriente filosófica crítica de la modernidad. Su concepción del marxismo como una teoría finita lo separó de la filosofía de la historia. Y su teoría de la ideología echó por tierra la existencia de un sujeto centrado en la conciencia al sostener que este no era más que un efecto ideológico. Para abordar estos temas se puede consultar: Althusser, Louis; “El marxismo como teoría finita”; en *Discutir el Estado, posiciones frente a una tesis* de Luis Althusser, AA. VV. Folios, Buenos Aires, 1983 y Althusser, Louis; *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008.

(9) Hobbes, Thomas; *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. p. 101.

(10) Hay que tener en cuenta que Foucault distingue la postura del poder de Marx de la de los marxistas que mantenían una visión esquemática sobre el poder. Un ejemplo lo vemos en las redes del poder donde sostiene: “Aquí un cierto marxismo académico utiliza frecuentemente la oposición clase dominante/clase dominada... Ahora en primer lugar, este dualismo nunca será encontrando en Marx... es demasiado astuto como para poder admitir esto, él sabía perfectamente que lo que hace la solidez de las relaciones de poder es que ellas no terminan jamás, que no hay de algún lado alguno y de otro lado muchos, ellas atraviesan en todos lados”. Foucault, Michel; “Las redes del poder”; en *Lenguaje Libertario* Tomo 1. Nordam-Comunidad, Montevideo, 1990. p. 71.

- (11) Marx, Karl y Engels, Friedrich; *Manifiesto comunista*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2003. p. 29
- (12) Lenin, Vladimir Ilich; *El Estado y la Revolución*. Nuestra América, Buenos Aires, 2004. pp. 29-30 y p. 33.
- (13) En *La voluntad del saber*, Foucault analiza cómo es pensado el sexo desde una concepción jurídico-negativa sobre el poder. Foucault, Michel; *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009. pp. 78-83.
- (14) Foucault, Michel; *Microfísica del poder*. La piqueta, Madrid, 1992. p. 110.
- (15) Althusser propone una concepción ampliada del Estado. Retomando la tarea de Antonio Gramsci, sostiene que el Estado no se reduce al aparato represivo; también abarca un conjunto de instituciones que funcionan al lado de este último: los aparatos ideológicos de Estado. Mientras las instituciones que forman el aparato represivo pertenecen al dominio público y funcionan principalmente con la violencia, las de los aparatos ideológicos actúan fundamentalmente con la ideología, en ámbitos públicos como en privados: la Iglesia, el sistema escolar, la familia, los movimientos, los partidos y las agrupaciones políticas, los sindicatos, los medios de comunicación, distintas esferas de la cultura como los deportes, el arte, las tribus, entre otros. Althusser, Louis; *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008.
- (16) La consideración general del poder que mantiene Foucault la construimos principalmente a partir de: Foucault, Michel; "El dispositivo de sexualidad"; en *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009 y Foucault, Michel; "Curso del 14 de enero de 1976"; en *Microfísica del poder*. La piqueta, Madrid, 1992.
- (17) Foucault, Michel; *Microfísica del poder*. La piqueta, Madrid, 1992. pp.185-186.
- (18) Las tesis sobre el desarrollo de las dos tecnologías de poder se pueden encontrar en: Foucault, Michel; "Las redes del poder"; en *Lenguaje Libertario* Tomo 1. Nordam-Comunidad, Montevideo, 1990; Foucault, Michel; "Del poder de soberanía al poder sobre la vida", en *Genealogía del racismo*. Ed. Altamira, Montevideo, 1992 y Foucault, Michel; "Derecho de muerte y poder sobre la vida" en *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.
- (19) Foucault, Michel; *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009. p. 137.

Bibliografía

- ALTHUSSER, Louis; *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2008.
- DE ÍPOLA, Emilio; *Althusser, el infinito adiós*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel; "Del poder de soberanía al poder sobre la vida", en *Genealogía del racismo*. Ed. Altamira, Montevideo, 1992.
- FOUCAULT, Michel; *Historia de la sexualidad I: la voluntad del saber*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2009.
- FOUCAULT, Michel; *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial Gedisa, Barcelona, 1995. p. 28.
- FOUCAULT, Michel; "Las redes del poder", en *Lenguaje Libertario* Tomo 1. Nordam-Comunidad, Montevideo, 1990.
- FOUCAULT, Michel; *Microfísica del poder*. La piqueta, Madrid, 1992.
- HOBBS, Thomas; *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
- LENIN, Vladimir Ilich; *El Estado y la Revolución*. Nuestra América, Buenos Aires, 2004.
- MARX, Karl y Engels, Friedrich; *Manifiesto comunista*. Prometeo Libros, Buenos Aires, 2003.